

confieses si haces un mal; el infierno está dentro de nosotros y te juzga cuando hace<sup>s</sup> un mal irreparable. Recuerda siempre que es fácil y rápido caer en maldad, pero lleva mucho tiempo y sacrificios reparar la caída. El pobre es tu hermano, defiéndele con valentía y decisión. No dejes que tus ambiciones te cieguen, porque tu reino está en la admiración que hagan a tus virtudes y no a tu dinero." (Camina lentamente de un lado a otro, luego se arroja en brazos de su tía entre sollozos.)

Coro.- (Gemidos y muy bajito.) Estas son, Señor, nuestras obras, por las cuales purgamos en silencios, suspiros que no se oyen...

Tía Marina.- Necesitas una voz amiga, Norita. Hasta ahora has pretendido ser fuerte como el guayacán entre los otros árboles...

Nora.- Y como el guayacán, he de florecer vistosamente cuando el verano se acerque<sup>y</sup> desde lejos las miradas se fijen en mí.

Tía Marina.- Oyeme, Norita. Como tú, todos los seres simulamos ser fuertes e invencibles, pero en el fondo, muy adentro, como en las encinas viejas, tenemos el co-

razón raído y...

Coro.- Sí... El corazón raído... Y el alma también...

Nora.- O lo tenemos duro, coráceo, incapaz ya de sentir por lo que todos simulan dolor.

Tía Marina.- Comprendo tu interés y decisión por valerte por tí misma, pero, así como hoy eres frondosa y enhiesta como el guayacán, mañana, cuando el rayo de lo imprevisto queme y electrice tus hojas, tus ramas se alzarán al cielo despellejadas y trémulas como una súplica al Todopoderoso.

Nora.- Eso lo he oído muchas veces, Mari: Los brazos de los árboles secos que se levantan al cielo como mil tentáculos implorantes de piedad.

Tía Marina.- Te has vuelto incrédula, lo veo. Antes oías nuestros consejos en silencio, sin replicar, sin...

Nora.- (Enojada.) Muy lejos me han llevado esos consejos.

Tía Marina.- Los míos te hicieron ver la realidad muchas veces. Lo que Gilberto te decía con frases llenas

de filosofía, que éramos como los frutos, se reducían a estas palabras mías: "Ese amor cuenta con mi apoyo." ¿No te las repetí más de mil veces, Nora?

Nora.- Es verdad, tía, ¿pero podía creer que eran sinceras tal como estaban las cosas? ¿Podía creerlas completamente?

Tía Marina.- (Sentida.) Allí está tu percance. Recibiste golpes tan rudos que perdiste la confianza en todos, hasta en Gilberto y en mí.

Nora.- Tía, sé lo que dijo después. Que le negué la primera vez que le acepté, que salí a un jardín con mis falsas amigas y un hombre que yo no conocía. Sus celos horraron mi imagen de su sér. Ya no podía arrepentirme. Y cuando le ví desaparecer del teatro, de la prensa y del partido, no sé qué pasó en mí, me parecía oírle arengar y entonces, frente a los niños, arengaba yo. En clases, cuando iba a reprender a un mal portado, eran sus frases las que resonaban en el salón. En fin, ante las amigas, eran sus sentencias morales las que formaban el fondo de mis consejos. Ha seguido viviendo en mí. Mientras aquella mujer hizo lo que no quise hacer, opacarlo en un hogar, yo revivo cada hora su teatro,

sus versos y sus luchas: (Hacia el público por candi-  
lejas en forma lírica.)

"Pueblo nuestro que pides el pan,  
levanta tus ojos de Cristo  
y macera tus hambres  
con tu grito de justicia social  
y si maldad es tomar  
lo que a tu hijo arrebató el casero,  
maldice el pecado,  
que de los menesterosos  
es el Reino de los Cielos!"

Coro.- (Repite en voz grave y baja, dos primero  
y dos después.)

Primer Grupo

Pueblo nuestro...  
que pides el pan...  
levanta tus ojos de Cristo...  
y macera tus hambres...  
con tu grito de justicia so-  
cial  
y si maldad...  
es tomar

Segundo Grupo

Pueblo nuestro  
el pan  
a Cristo  
hambre  
justicia! justicia!  
maldad! maldad!

lo que a tu hijo arrebatara el casero,

maldice el pecado,...

pecado! pecado!

que de los menesterosos

pecado!

es el Reino de los Cielos!

Cielos! Cielos!

Cielos!

Tía Marina.- ¡Sus proclamas y versos te van a perder!

Como te tilden de comunista, te botarán y, entonces,

¿qué comemos?

Nora.- "No sólo de pan vive el hombre", solía contestar él como Cristo. Protegeré los hijos de estos campesinos contra el cacique de este pueblo.

Tía Marina.- No hables así de ese señor, Nora. Sabes que te ama locamente. Varias veces me ha dicho respetuosamente: "Desearía casarme con la maestra Nora Ibáñez."

Nora.- ¡No lo quiero!

Tía Marina.- Su fortuna, su caballerosidad, su rango social, son cosas que no se pueden despreciar. Es, además, de muy nobles sentimientos.

Nora.- Representa, en cambio, tía, la oligarquía que odio y combato. No podría aliarme con ella nunca.

Coro.- Oligarquía! Oligarquía! ... Allí está el mal...

Nora.- ¿No lo oyes? Es como el eco de la verdad: En la oligarquía está el mal!

Tía Marina.- Tus doctrinas son fantasías, teorías y nada más. Como todos los que la predicán, como Gilberto y como tantos otros, las abandonan por las cosas positivas. Son tontefías! Perder un matrimonio de esta clase tan sólo porque tienes el prejuicio de la fidelidad a un hombre que te ha olvidado y se casó con otra...

Nora.- El matrimonio es un contrato social, pero el amor es una ley del alma, tía! (Asustada.) ¿Qué habrá pasado!?

Coro.- Es la ley del alma la que te llama. Nora... Nora... Nora... Es la ley del alma...

Nora.- ¿No la oye, tía? Llaman!; Llaman a la puerta del alma!

Tía Marina.- ¿Qué tienes!? ¿Te vas a volver loca!

Nora.- He visto una estrella fugaz! ¿Quién habrá muerto!? El corazón me dice que no es Gilberto!

Tía Marina.- Estás loca, muchacha, si es una luciérnaga.

Nora.- ¿Luciérnaga?... ¡Quién sabe!

Tía Marina.- Estas imposible.

(Se retira.)

Escena III

(Nora sola.)

Nora.- Luciérnaga... Una estrella errante... Quizá no he visto bien: Una impresión... Estoy tan nerviosa... ¡Soy una luciérnaga, una estrella errante! Pero a veces los presentimientos se cumplen. Se hacen premonición.

Coro.- Una estrella errante, como tu alma... Un alma errante como tu estrella... Tu alma perdida en las tñieblas, en busca del no sé qué...

(Nora busca por todas partes, de dónde salen las voces que parece oír, sin encontrarlas.)

Nora.- ¡Gilberto vive en mí! Es su espíritu el que se aferra a mi sér y me fustiga. Es como un fuego o un ciclón interior que me lanza contra las murallas que forman los que oprimen al pobre para saciar sus lujurias y su sed de posesión! (Ademán nervioso de desesperación en silencio.) Odio a don Sósimo. No porque me ama, sino porque... No sé por qué, ¡pero lo odio! Representa la eternidad de lo que hoy veo: Miseria, mucha miseria, atroz miseria.

(Se tira a llorar nerviosamente sobre el taburete.)

Coro.- Llorá, llorá, alma buena, alma sola... Llorá sola como semilla perdida entre el huracán de la creación...

(Nora busca hacia todos lados las voces que escucha.)

Nora.- ¡Oigo voces! Parecieran venir de afuera... Desde lo más profundo... Señor, ¿será verdad que me estoy volviendo loca? (Se mete la cabeza entre las manos, estruja sus dedos entre los cabellos y llora.)

(Abajo el Coro hace eco a sus sollozos.)

Escena **IV**

(La Tía Marina sale y nota el estado de ánimo de Nora.)

Tía Marina.- ¿A esta hora es cuando vas a llorar? ¿Quién ha dicho, hija mía, que deben tus ojos entristecerse y amargar tu vida? Por qué no alejas de tí la pena que te agobia? Séme sincera, Nora, ¿qué tienes?

Nora.- No sé, tía... Hace un rato pensaba en mi triunfo de esta noche. Me parecía ver las tunas llegar y pasear el pueblo y recibir la felicitación de mis superiores. Pero todo se desvanece entre las sombras que forman allá los guachapaltes. Oscuras y traidoras como ellas es nuestra misión de mujeres. ¿Por qué ha de ser así?

Tía Marina.- No sé, hija mía, y jamás he tratado de juzgar las disposiciones del Señor. Olvida esas ideas, Nora, piensa en un mundo distinto y goza tu vida como te lo mereces. Esta noche de San Juan forja tu futuro. Deja que tus labios sonrían con el frescor de la noche, más rosados que nunca. ¿Qué te importan las sombras?, si aquí alumbra la luna y donde vayamos no nos faltará

una guaricha y un poquito de kerosene para alumbrar nuestra humilde honradez?

Nora.- Tía!, tengo miedo. Desde hace un rato ~~escucho~~ <sup>escucho</sup> el despacioso jonjón de los sapos como cuando llueve fuerte. Oigo los grillos y los mil insectos que despiertan en lo oscuro y sus estridencias vibran en mis oídos, mezcladas con el croar de las ranas y el ulular del buho... ¿No lo siente? También oigo las voces de la naturaleza...

Tía Marina.- Sí, hija mía, pero así ha sido y será todo el tiempo, desde que esto era monte y maleza impobladados hasta cuando venga el fin del mundo: La vida misteriosa de la noche que Dios puso para encantar nuestros sueños de gente pobre con una serenata nocturnal.

(Un rato de silencio y meditación. Se oyen los sonidos propios de la noche.)

Nora.- (Como pensando lejos.) Tía, ¿Cuánto hace que no llueve?

Tía Marina.- ¡Veintinueve días que no cae una gota: Las rogativas no se han suspendido y, pacientes en los portales, esperan los hijos de Dios que el Cielo oiga sus plegarias mientras temen que se pierda el arroz y los maizales.

Nora.- (Ensímismada.) Veintinueve días... a pesar de las rogativas... (De pronto, como iluminada.) Tía!, esta noche el San Juan traerá agua!

Tía Marina.- Ni Dios lo quiera, hijita, se te aguá la fiesta... que espere hasta mañana para llover.

Nora.- ¿La fiesta?... Es verdad... Pero la luna está llena de agua, mire esa aureola... Y ¿qué importa mi decepción al lado del agua bendita? ¿Qué importa que manche mis pies de barro y lodo si ellos se deslizarán felices por él a desherbar? ¿Qué importa que la furia de la lluvia haga goteras nuestro rancho, si ellos pueden vivir su propia esperanza? Tía, ¡va a llover! El corazón me dice que esta noche va a suceder algo grande, algo muy esperado...

Tía Marina.- (Irónica.) Con la cara que tiene el cielo, sólo podrán caer recuerdos. (Enseriéndose.) Que también los cielos hermosos traen recuerdos pesados como piedras... por ejemplo la noche que mataron a tu tío en la revolución...

Nora.- La del novecientos?

Tía Marina.- Sí. Fué un verdadero padre con cuanto nos sucedió... Pero nos distraemos, Nora. Ahora mismo llega la gente. (Se oyen cohetes.) Ya salieron las tunas! Bueno, corre a ponerte tu pollera!

Nora.- ¡Verdad es! ¡Oy!, Juan!

(Corren hacia el rancho y se oye trastear dentro.)

#### Escena V

(Aparece Gloria.)

Gloria.- (Desde fuera del rancho.) Buenas noches.

Nora.- Gloria, ¡qué noticias nuevas traes?

Gloria.- Nada, Nora, realmente no hay nada que contar.

Tía Marina.- (Desde dentro del rancho.) Y ¿cómo conseguiste que te dejara venir?

Gloria.- Bueno, usted sabe cómo soy yo. Le dije que si no me dejaba venir, me fugaba.

Nora.- Lo que quiere decir que probablemente

te hayas fugado. No te compones, Gloria. Eso no es bueno, está bien que tú no lo haces para cosas malas, pero te habítuas mal.

Gloria.- No, Nora, no es así.

Nora.- ¿Y te compraste la ropa nueva?

Gloria.- ¿Qué vestido nuevo?

Nora.- Yo le mandé dinero a tía Josefa para que te comprara ropa. ¿No te ha dicho nada?

Gloria.- Nada, absolutamente nada.

Nora.- Anjá. Pero es raro. Antes no era así, antes cualquier cosa era para nosotros.

Tía Marina.- (Sale del rancho.) Estará enamorada...

Gloria.- Quizá no se equivoca, tía.

Nora.- (Chisteando.) Quizá se salga con su dicho de que primero se casa ella que yo.

Gloria.- Es cierto.

Nora.- ¿Qué es cierto?

Escena VI

(Salen Nora y tía Marina a recibir a Gloria.)

Gloria.- Tía Josefa se casó con el gringuito Chaly del que nos hablaba.

Nora.- (Como abatida.) Vaya... Pensar que lo hizo... Y por eso se interpuso entre Gilberto y yo... Ahora comprendo...

Gloria.- ¿Qué...?

Nora.- Alejó a Gilberto porque creía que era comunista y no quería perder el partido que le ofrecía Chaly. Y yo que me he peleado con el cacique del pueblo y he predicado contra él entre la gente, sólo por seguir los ideales de Gilberto!

Gloria.- Nora, las cosas de la vida son así. Tienes que ser fuerte.

Nora.- (Apartándose a un lado.) No sé por qué lo dices, pero he tratado de serlo todo el tiempo...

Gloria.- (Apartando a Tía Marina.) Venga al cuarto que le voy a revelar un secreto y volveremos las dos.

(Gloria y Tía Marina hacen mutis en el rancho.)

Escena VII

(Nora meditará sola.)

Nora.- ¿Por qué será que cuando pasan los años es que venimos a darnos cuenta de lo tonta<sup>o</sup> que fuimos? Un hombre puede amar a una persona, pero puede llegar a amar más a otra y (ella) darle todo su cariño. ¿Por qué será que una inventa excusas para rehuir la responsabilidad del amor? ¿Si yo quería a Gilberto, por qué no le seguí? ¿Por qué no me casé con él? Hoy no tendría estos problemas.

Escena VIII

(Salen Gloria y Tía Marina)

Gloria.- Y qué piensas hacer ahora?, Nora.

Nora.- No sé, Gloria. ¡Cruel es mi sino!, Señor. ¡Qué cosas que no querían ver, han visto mis ojos!

Tía Marina.- Es lo más probable que te boten por imprudente. ¿Qué harás entonces?

Gloria.- (Rápidamente.) Regresará a casa de Gilberto.

Nora.- (Iracunda.) Está casado y soy incapaz de...

Gloria.- Su hermana está aquí en el pueblo. Espera verte mañana. Ha sido horroroso lo que sucedió. Es triste y largo de contar.

Nora.- ¿Qué pasó? Dímelo!, cuéntamelo todo en seguida.

Gloria.- Estalló un fuego horroroso. Comenzó a arder un suburbio industrial. Un viento propicio y constante lo hacía saltar de casa en casa. Ida y Gilberto estaban cerca y abandonaron el auto dedicándose a ayudar al salvamento de los enseres de esta pobre miserable gente. De pronto, se oyó una explosión, ellos siguieron interperitos fuego adentro. Acababa de estallar un depósito y una viga vino a caer sobre ella. El, que ayudaba en otro lado, vino a darse cuenta después. Los periódicos anunciaban cada día el estado de la genial artista hasta que por fin cayó paralizada y fué muriendo. Fué un grandioso entierro triste. Caminaba tras la carroza con el peso de su realidad amarga y en las aceras y los balcones, todo ese pueblo generoso que les había leído y visto sus dramas, veía pasar la comitiva con lágrimas por dentro y por fuera.

Nora.- (Sollozando.) Pobre Gilberto!, seis años dedicados al hogar para nada! Más bien ella asumió su vida representando sus obras en el teatro y recogiendo los aplausos que eran de él.

Gloria.- Lejos de eso, Nora, fué un hogar modelo. Yo veía en el teatro cómo le sonreía agradecido a su esposa al verla aplaudida. Ida, ¿recuerdas? aquella campesina que cantó y anunció el triunfo de un folklore fino y exquisito, después de los incidentes de aquella noche, supo darle sosiego y amor. Realmente se querían. El destino le arranca hoy el único hombre que le brindó un descanso a sus desvelos! Es verdad que luego hubo de dedicarle sus energías al hogar para poder vivir de acuerdo a su posición, pero los dos primeros años dieron a sus obras la marca revolucionaria que hoy impregna nuestro teatro.

Nora.- Lo comprendo, Gloria, pero nadie podrá comprenderle jamás como yo! Quizá Ida, por la intimidad, pudo ser la única mujer que lograra reemplazarme.

Gloria.- Se acaba de publicar su último libro titulado: "Te vas muriendo." Está escrito en forma íntima revelando sus penas durante la tormenta. De ese libro, en la página literaria del domingo pasado, un pe-

riódico publicó uno de los trozos más bellos y simbólicos.

Nora.- Dilo, quiero oírlo, Gloria. Debe ser dulce la expresión de sus amarguras en ese instante. Los triunfos de Gilberto siempre fueron así, con un sabor exquisitamente amargo.

Gloria.- (Saca el recorte y lee.) Dice así: "Casi inerte ya en su lecho, me senté a su lado. Al contemplarla tan desfigurada, una onda infinita de imposibles recorrió todo mi cuerpo. No sé por qué le tomé tiernamente la mano y le dije: "Ida mía, contigo pierdo cuanto tengo. Hasta mi espíritu. Si en mis obras otros seres podían ser las pasiones desenfrenadas, tú eras el alma, el orden, la cohesión, la moral." Al oírme me miró piadosamente y dijo muy dulcemente: "Yo te arrebaté a un pasado, Gilberto; te devuelvo a él. Te he dado una paz. Ahora te regreso a lo único que no te pude arrancar: Al pasado." Entonces, la imagen de la mujer olvidada cobró nuevamente relieves en mi memoria; triste y amargamente agradecido lo comprendía así. Me incliné sobre los labios mustios de mi interiorana linda y al besarlos sentí los de aquella noche en el saloncito pobre. Ida estrechó mi cabeza jugando con mis cabellos viejos y pronunció queda y discretamente estas palabras: "Ha sido el

único beso de pasión en nuestra vida, Gilberto."

Luego cerró sus ojos blandamente y ya no regresó más a esta ~~vida~~<sup>existencia</sup>. Comprendí, en ese instante, el hondo sentido de nuestro hogar, formado para ayudarnos en la realización de nuestros íntimos anhelos e ideales, pero falto de ese algo medular que por siempre había yo afe-rrado al pretérito. Quizá sea un sacrilegio, pero cuánto no daría yo por comenzar nuevamente mi pasado! He vivido un pedazo de mi vida, me debo a la otra. Pero ahora soy tan cobarde. Ante mí está el cadáver de Ida y sin embargo, desde él algo me ordena que regrese, que recuerde y ame con la pasión del ayer... y temo obedecerle." Hasta aquí, Nora, ese trozo sencillo y excelso de literatura.

Nora.- (Anhelantemente.) ¡Pobre Gilberto! Nadie llenará ese vacío! ¿Quién lo cuidará ahora?

Gloria.- Para eso viene Lucila.

Nora.- ¿Para qué?

Gloria.- Nora, Gilberto está como embebido en un mundo lejano. Toda la prensa se ocupa de este extraño caso. En el anhelo de toda la nación está pintado el deseo de que surja la amada desconocida. La patria entera

clama por salvar al hombre que enloquece paso a paso. Lloran sus familiares y sus amigos y desde el exterior llegan notas implorantes de los grandes escritores americanos ante el dolor del poeta. Su hermana Lucila, poseedora del secreto, viene para solicitarte el favor de que lo sigas queriendo.

Nora.- (Como enloquecida.) ¡Terrible noche esta!, mezclada con los recuerdos del ayer que no me atrevo a afrontar! Pude haber sido la Ida de su vida y no me atreví. Opuse a cada sentimiento suyo mi cobardía y hoy, que quiero ser valiente, ~~que~~ que me atreví a imitarle en sus rebeldías sociales, ~~que~~ que me sentía identificada con sus ideales de justicia social, me siento cobarde para avanzar a su lado en el viacrucis que nos depara el destino. Gloria!, tía!, ¡no me atrevo! ¡no me atrevo!, ¡no me atrevo!

(Se retira llorando al rancho.)

#### Escena IX

(Gloria y Tía Marina.)

Gloria.- Tía Marina, estoy convencida de que Nora



Gloria.- Tía, ¿no puede ser esto una enfermedad?  
¿No llegaría, Nora, a quedar en el estado de sonambulismo de Gilberto?

Tía Marina.- Eso es lo que temo, Gloria.

Gloria.- Mari, yo quiero ser maestra! Siento la misma vocación de Nora. Incítela a casarse con Gilberto y yo trabajaré el magisterio para los dos.

Tía Marina.- Gloria, tú, maestra? No! Esa vida no es para toda mujer!

Gloria.- Todo trabajo tiene sinsabores, tía. Estoy ~~hastada~~ hastiada de la Capital. No hay franqueza. Reconozco que soy hermosa y que bien puede haber hombres prendados de mí, pero, Mari, con las mismas palabras y la misma emoción hablan sinceros y falsos y una no sabe por qué es así.

Tía Marina.- Ha llegado el momento, Gloria, porque ya eres una mujercita, de saber ciertas cosas. Aprende a cuidarte. Examina en los hombres sus deseos de servir a los demás y no a tí únicamente: Ese es el hombre que vale, el que tiene un ideal, una idea, un sueño que rea-

lizar.

Gloria.- ¿Puedo repetirlo, tía, según nuestra moderna manera de pensar?

Tía Marina.- Me interesaría.

Gloria.- Debo juzgar a los hombres por la intensidad virtuosa de sus actos y no por su intensidad sexual.

Tía Marina.- ¡Gloria!

Gloria.- Nada, Mari, nada de gazmoñería. Lo comprendo bien. En la calle nos recargan el oído con tantas mentiras... Pero al mirar a Nora, tía, comprendo que hay algo más hondo y valioso: Esa exquisitez espiritual que tan pocas personas pueden lograr; ese amor tímido y reservado que suple la ignorancia de los placeres. ✓

Tía Marina.- Bendito sea el Cielo!, Dios me oye al darte tal madurez sentimental, Gloria. En estos tiempos de mercadeo de la mujer, puedes seguir representando la honra de los Ibáñez. ¡Qué Dios te bendiga!

Gloria.- Es que la vida nuestra, tía, en la Capital, es terrible. Las amigas nos llenan los oídos de placeres escondidos, de cines y de paseos, de nombres de fulanitos

y de jardines. El hambre y la inconsistencia moral y social nos lanza a los jardines y a veces nos hace hasta cínicas. Pero yo pienso que una mujer que colma la copa de los vicios, antes del matrimonio, ya no encontrará nada en el hogar y deberá recurrir a los vicios para satisfacer la narcosis sexual que sus malos hábitos le crearon y, entonces, engañará al marido por bueno que él sea!

Tía Marina.- Eso es cierto, Gloria, y tu tía no lo quería comprender cuando me ponía de parte de Nora. Porque si no es por el fondo moral de Nora, otra hubiera sido, y se despeña después de tantas cosas que han ocurrido.

Escena X

(Nora aparece escuchando desde el portal.)

Gloria.- Por eso quiero ser maestra, quizá la vida sea más honrada y más bella en el interior. No es cierto, tía?

Nora.- (Interviniendo y haciendo esfuerzos por parecer serena.) Y yo... ¡no quiero que seas maestra!

Gloria.- Pero eso sólo no debe ser obstáculo para que...

Nora.- Ni tiene ninguna relación, Gloria. Pero hay cosas en el magisterio muy amargas. Muchas veces alternarán contigo personas que ganando tu mismo salario muchas veces no han llegado a un sexto grado. Esto desazona, casi desmoraliza. Ni tienen la misma moral.

Gloria.- Está bien, pero siempre la verdad triunfa.

Nora.- Es cierto, Gloria, pero recuerda la otra cara de la medalla.

Gloria.- Y los altos oficiales del Ministerio con grandes sueldos y muchos banquetes! (Enojada.) Nora, tú no necesitas más esa vida, ayuda a Gilberto y cuando él mejore se casarán.

Nora.- No, Gloria, no puedo hacer eso, lo he pensado bien. Después de todo, hay algo en el magisterio que seduce: El haber nacido con vocación!

Gloria.- Está lloviznando. (Alarga sus manos para

recoger las gotas.)

Nora.- Vámonos adentro, Gloria. Aunque allí también nos mojamos, es mejor. ¿Qué se puede hacer? Para poder guardar algo con este sueldo, hasta hay que mojarse! Después de todo, el caserío tendrá agua para los siembros y las rozas.

Tía Marina.- Y lo dijiste tú, que esta noche llovía, que el San Juan haría el milagro.

Nora.- (Entrando al rancho seguida de Gloria y su tía.) Y lo hace, Mari.

#### Escena XI

(Llegan Lucila, un Doctor y Gilberto.)

El Doctor.- Según las indicaciones, ésta debe ser la choza.

Lucila.- Sí, éste debe ser el rancho.

Gilberto.- Tú vieras, Ida, pobre Nora!, cómo murió Nora!

Lucila.- ¿Y usted qué piensa hacer ahora con mi hermano, Doctor?

El Doctor.- Mire, me explico las cosas así: En alguna ocasión, él tuvo un violento disgusto con esta joven que buscamos. La bondad de Ida le hizo hacerla su esposa, pero en sus relaciones íntimas quizá Ida no fué sino un fetiche para esta mente de escritor. ¿Puedo hablar francamente con usted?

Lucila.- Sí, doctor, cuando es necesario no soy gazmoña.

El Doctor.- Bueno, sospecho que en el acto de posesión él confundía a ambas. Al instante de su erotismo mental colocaba allí la imagen de esta joven que buscamos.

Lucila.- ¿De Nora Ibáñez?

El Doctor.- Sí. Al morir Ida, en las circunstancias como ocurrió y según como lo pinta él en su libro "Te vas muriendo", su subconsciente se dirige a ella y por eso dice así.

Gilberto.- (Monomaniaco.) Tí vieras, Ida, pobre Nora!, ¡cómo murió Nora!

El Doctor.- Espero que el choque ante la presencia de esta joven le devuelva la razón. Llame.

(Lucila llama.)

### Escena XIII

(Nora, Gloria y la tía salen y se sorprenden del triste aspecto de Gilberto en su locura.)

Gilberto.- Tú vieras, Ida, pobre Nora!, ¡cómo murió Nora!

(Expresión de dolor en todos.)

El Doctor.- No se asusten. Es sencillamente una enfermedad curable. Todo el mundo se horroriza ante la locura, pero debemos tomarla naturalmente, tal cual es, y aprestarnos a curarla a tiempo, antes de que sea indesterrable.

Gloria.- Pero yo leía en los periódicos su estado y no me imaginaba que estaba en ese extremo.

Tía Marina.- ¡Pobre muchacho!

Lucila.- (Sentida.) Es un hombre, señora.

Tía Marina.- Para mí es como un muchacho. (Se le acerca tocándole.) Gilberto... Gilberto...

Gilberto.- (Mirándole vagamente.) Tú vieras, Ida, pobre Nora!, ¡cómo murió Nora!

(La tía Marina se echa atrás aterrorizada.)

Nora.- (Ocultándose la cara en las manos y llorando.) Dios mío!

El Doctor.- ¿Quién es Nora Ibáñez?

Nora.- (Sollozando.) Yo, señor.

El Doctor.- ¿Se atreve usted a hacer un esfuerzo para salvarlo?

Nora.- ¿Si yo me atrevo?, ¿si ~~me~~ atrevo?...

El Doctor.- Sí. Si usted se atreve a hacer un esfuerzo para salvarlo.

Nora.- No sé, doctor.

El Doctor.- Diga, ¿tiene algo que lo impida? ¿Un sentimiento, un rencor, algún inconveniente?, que en ese ca-

so, la buena...

Nora.- Jamás ha sido así, doctor.

El Doctor.- (Repentinamente imperativo.) ¡Háblele, pues!

(Nora trata de acercarse sin poder moverse de su lugar.)

Nora.- Doctor, no puedo moverme.

El Doctor.- (Empujándola hacia él.) Háblele!

Nora.- Gil, gil, gil... berberber... to.

Gilberto.- (Mirándola.) Ida... Tú vieras... Ida...

Nora.- (Gritando fuera de sí y nerviosa.) ¡Gilberto!

Gilberto.- (Lo mismo.) Ida... Tú vieras... Ida...  
Fue horroroso lo de Nora!...

Nora.- (Sin poder controlar sus nervios.) ¡Gilberto!, yo soy Nora!

Gilberto.- ¿Qué tienes, Ida? ¡Es que tú no viste cómo murió Nora!, Ida.

El Doctor.- (Anhelante.) Ha hablado algo más. Háblele! Háblele!

Nora.- (Nerviosísima.) Gilberto! Gilberto!  
Soy yo, Gilberto!

Gilberto.- Ida... Tú vieras... Ida... Pobre Nora!...  
(Difícultosamente.) Cómo murió la pobre Nora!... (Se levantará y mirará fijamente a Nora.) ¡Ida!

Nora.- (Llorando violentamente.) ¡Gilberto!, ¡te he perdido para siempre!, Gilberto.

(Cae llorando. El la mira y se aleja hacia el público con la mirada fija y tierna. Se queda como pensando. Llorando.)

El Doctor.- Tenga valor, señorita, haga un esfuerzo más.

Nora.- ¡No puedo!, ¡no puedo! ¡Esto es horrible!, ¡Dios mío!, horrible!

El Doctor.- Escúcheme, señorita. Su locura consiste en creer que (Nora se levanta anhelosamente.) siempre vivió y se unió con usted en vez de estarlo con Ida, su

esposa. Haga un esfuerzo más ahora. (Pausa.) ¿Puedo hacerle una pregunta sincera?

Nora.- Diga, señor.

El Doctor.- ¿La besó él a usted alguna vez?

Nora.- (Temblando.) No, no, señor, nunca.

Tía Marina.- No lo niegues, Nora.

Gloria.- Muchas veces, doctor, a escondidas. Porque no querían dejarlos...

Nora.- Cállate, Gloria.

Lucila.- Nora!, por favor...

El Doctor.- Mire, señorita...

Lucila.- Nora, hazlo por nosotros que te qu<sup>ere</sup>amos tanto!, ¡por él!

Nora.- Lo que me va a pedir... ¡Me lo dice el corazón!, ¡no puedo hacerlo!

Gloria.- Escucha antes al doctor, Nora.

El Doctor.- Ella adivina, señorita, quiero que lo bese

largamente.

Nora.- ¡Jamás lo haré, doctor!

El Doctor.- (Empujándola.) ¡Le ordeno que lo haga!

Nora.- (Trata de hacerlo, se arrepiente y grita.)

No!, ¡No lo haré nunca! ¡Nunca! ¿Creen que no recuerdo ese pedazo de su escrito, ese trozo de su último libro? Ella lo besó tiernamente al morir y le dejó esa impresión. ¡No!, ¡no lo haré nunca! Ella, aún muerta, desde la otra vida, se lo ha llevado con ella. ¡No lo haré jamás! ¡Tengo miedo! Tengo miedo de salvarlo e irme con él! Tengo miedo de cuidarlo y que algún día Ida me lo reclame! ¡Es de ella! De ella que lo salvó aquella noche! ¡Tengo miedo! ¡Yo no quiero robar lo que ya no es mío!

El Doctor.- ¡Señorita!

Nora.- ¡Que no! ¡Tengo miedo! Ella vive en él! Lo veo, ¡por eso tengo miedo! ¡Díos mío! (Entra en crisis.)

Lucila.- (Desesperada.) ¡Cobarde!

Tía Marina.- (Corriendo hacia Nora a la vez que los

demás.) El destino de cada cuál, señorita.

El Doctor.- ¡Aguarden un momento! (La levanta y trata de hacerla volver en sí.)

Nora.- (Volviendo en sí.) Dios mío!, ¡qué triste enfermedad la mía!

El Doctor.- Es sencillamente un choque nervioso, señorita. Le pasará

Nora.- (Como sonámbula.) ¿De qué le vale a una desear, soñar, platonizar una idea si se quiebra ante la realidad? En este pedazo de instante que he estado en otro mundo, en el mundo de la inconsciencia, he visto a Ida. Su rostro sonreía, estaba contenta.

(Gilberto pone atención y se acerca.)

Gilberto.- (Como volviendo a la realidad.) Ella no es Ida... (Transición.) No se le parece... (Se vuelve a mirar a candilejas con el índice derecho sobre los labios.)

Coro.- No! No es! Llega tu realidad azul.

Gilberto.- (Como consultando al público y a su yo.)

Es Nora... Parece que es Nora...

(El médico toma a Nora de la mano lentamente y la acerca a Gilberto.)

Doctor.- Aquí está el hombre que ama. ¡Béselo!

Nora.- No... No, doctor. Ahora veo claro. Nadie puede obligarme a esa humillación.

Doctor.- ¿De qué humillación habla?

Nora.- Usted quiere que bese a un hombre que no me pertenece. Un hombre que en su divagación, revela que soy yo quien debería haber muerto.

Doctor.- Usted no... No me expliqué bien...

Nora.- Eso es lo que él desea en su subconsciente. La digna de morir soy yo. No Ida. Soy la mala... la malvada. Ella le ganó todo su ser, su amor, sus pensamientos. Se lo llevó con ella a la tumba. La vencida soy yo.

Doctor.- Tenga valor...

Nora.- Ahora... ¿Para qué?

Doctor.- Para sacarlo de su aberración psicosexual.

Nora.- (Con furia.) ¡Suéltame! ¡No soy una cualquiera! (Se sacude y tropieza con Gilberto.)

(Gilberto la mira vagamente primero, luego pareciera recordar algo. Vuelve a ver a todos lados. Gira sobre sus pies. Parece mirar al público. Camina hacia candilejas.)

Gilberto.- ¿Creen, ustedes, que es un fantasma?... (Asiente con la cabeza.) Es cierto... En verdad, les digo, que es Nora. ¡La han lanzado contra mí! ¿Cómo la sacaron de su catalepsia?, si estaba muerta.

(Se regresa lentamente y se acerca a Nora.)

Gilberto.- (Como pensando lejos.) Dime. ¿Quién era el muerto? ¿Tú o yo?

Nora.- (Buscando amparo en el médico.) ¿Qué le digo, doctor?

Doctor.- ¡Béselo! ¡Béselo, ahora! Sáquelo de ese mundo de aberraciones!

Nora.- ¡No! ¡Eso no! Gilberto!, no dejes que

me obliguen a eso!

Gilberto.- (Aún como ido.) ¿Que te obliguen... ¿A qué?

Nora.- Quieren obligarme a que te bese cuando ya tú no eres mío! Cuando tú perteneces a otra...

Gilberto.- ¿A quién?

Nora.- (Desesperada.) A una muerta.

Gilberto.- ¿Muerta? ¿Quién murió?

Doctor.- Su esposa murió, pero quien aparece muerta en usted es Nora.

Gilberto.- (Guarda silencio y luego con tristeza.)  
Ya sé... Vuelvo de un mundo lejano... De la tierra de la inspiración. Donde nacen libres las voces de adentro... Es el valle vedado a la medicina y sus profanadores, porque allí está el altar del artista y, en él, los labios de la mujer amada se respetan...

Nora.- ¿Vió, doctor? No pertenezco a ese mundo. ¡Hace años fui desterrado de ese cofre!

Gilberto.- Te equivocas, Nora. Siempre has estado

allí, en el tabernáculo donde el artista crea sus personajes. Habías muerto, habías huido de esa tribuna donde se pregona la justicia de los hombres, donde en secreto se pide, a Dios, el bien que los hombres no conceden.

Nora.- Pero... (Balbucea nerviosamente.) No entiendo... Si te he oído llamarme muerta!...

Gilberto.- Muerta estabas a la lucha social, a la batalla por los que sufren y tienen hambre de pan y abrigo. No te atreviste a recoger la bandera de los que tienen sed de amor. Tuviste miedo de amar a los pobres y cargar con ellos la cruz de la miseria. No quisiste sentir, junto a ellos, el látigo de los que los explotan.

Nora.- Tenía miedo... Era cobarde, pero...

Gilberto.- Quizá... Puede ser... ¡Cuántas veces he pensado otra cosa!

Nora.- Sabes que es así... Tenía miedo de marchar a tu lado... Abandonar a quienes se sacrificaron por mí y de que murieran sin que les pudiera ayudar.

Gilberto.- Jamás necesitaron de tí. Fuiste tú, Nora,

la que temías carecer de su protección. Sin tus tías, te sentías perdida. No te enseñaron a tomar una decisión por tí misma. Siempre estuviste amarrada a sus pareceres!

Nora.- No sé... No sé... (Con terror.) No creo que sea así...

Gilberto.- Así, como tú, hay miles de fanáticos, de prejuiciados, que aceptan la esclavitud, la inmoralidad, la explotación, porque temen lo desconocido. No desean arriesgarse. Son fundamentalmente cobardes, porque no les enseñaron que la vida es lucha y riesgo y que todas las encrucijadas llevan al mismo camino: Dignidad o humillación.

Nora.- Ya nada queda... Gilberto, ya nada soy!

Gilberto.- (Tomándole de la mano, camino a candilejas y como dirigiéndose a público.) Entonces... ¿qué hacemos aquí? ¿Qué se gana con ocultarse en la sombra de allí abajo? (Enseña hacia el público.) Es hora de levantarse de la butaca cómoda de los anónimos y salir a levantar nuestra voz contra los que oprimen a los humildes. Ven, Nora, invitemos a todos a formar una sola

gran conciencia social, para crear un mundo de justicia y desarrollo. ¡Que se acaben los cobardes! Marchemos, como esporas dinámicas y creadoras (Abrazándola.) para cubrir la tierra del nuevo mensaje del bien contra el mal!

Nora.- ¡Soy cobarde!, pero te sigo... Siento que este temor a vivir se convierte en nuevo ideal que transforma nuestros pobres hambrientos y nos hace libres y creadores de una tierra pródiga para futuras generaciones. (Avanza con Gilberto hacia candilejas.)

Tía Marina.- (Casi histérica.) Nora! Nora! ¡No me dejes! ¡No me abandones!

Doctor.- (Cerrándole el paso.) ¡Deténgase! Déjelos escoger su destino. Hasta ahora usted fué la roca de Prometeo y los otros, fungieron de buitres de los dioses! Déjelos caminar hacia adelante. Hay miles como usted que obstaculizan la evolución, el cambio, el progreso por una falsa sensación de seguridad, por una comodidad hecha de miserias!

Tía Marina.- Es mi hija. La crié. Es mi hija...  
Me la roban! (Cae sollozando.)

Coro.-            ¡Destino cumplido!    ¡Se han roto las cuerdas  
de Prometeo!    ¡Es el destino!    ¡Abajo Cronos!    ¡Destino!  
¡Adelante Prometeo!

Gilberto.-      Allí en el futuro, (Pausa para enseñar al  
público, mientras enlazando a Nora por la cintura, bajan  
un poco por la escalinata hacia los asientos.) de entre  
el silencio cómodo, se levantarán más voces que gritarán  
su protesta!

Coro.-            (Se levantan violentamente, corren en dis-  
tintas direcciones entre el público, mientras Gilberto y  
Nora retornan al escenario e invitan al público con ade-  
manes a que se ponga de pie. Al mismo tiempo, una a una  
y repetidas veces, desde distintos lugares, a una sola  
voz.) ¡Levantaos!    ¡Ha llegado la hora de la protesta!  
¡Queremos un cambio!    ¡Falta un nuevo ideal!    ¡Buscamos  
justicia social!    Hacen falta valientes para el desarro-  
llo!

Gilberto.-      (Se separa de Nora, da un paso a bordo de  
candilejas y con potente voz y ademán de arenga.) ¡Li-  
beraos!

(Las del Coro, rítmicamente, mientras se  
despojan de las capuchas que tiran al suelo, quedando  
en ropas de tul blanco, dan paso atrás, suben al esce-

nario. Mientras, el telón va bajando despaciosamente, Nora se une a Gilberto, quien la toma de la cintura y alarga el otro brazo como invitando al público a seguirlos.)

Coro.- (Unos pasos detrás de Gilberto y Nora en arco, con voces fuertes y graves, en recitativo, con cada descenso del telón por tramos.) No más silencios... (Pausa) ¡Protestad! (Repiten la frase, como explosiones desde distintos puntos. Altavoces especiales la hacen resonar, ahora, tras del público, acompañadas de redobles de tambores y campanas.)

(Al descender el telón a la altura de los bustos de Nora y Gilberto, cae con furia, a sus pies, pesada cadena.)

Coro.- (Tras de bambalinas y como un eco, al caer el telón.) Esta es nuestra protesta. (Pausa.) ¡Protestad vosotros!

FIN DEL DRAMA

"PROTESTA"